



PASE

LIBRE



A LA

LECTURA



EL ÁRBOL DE LA BUENA MUERTE
OESTERHELD
LA SUERTE DE LA FEA LA LINDA DESEA
ISIDORO BLAISTEN



Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación
Prof. Alberto Sileoni

Secretaría de Educación
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

Jefe de Asesores de Gabinete
Lic. Jaime Perczyk

Subsecretaría de Equidad y Calidad Educativa
Lic. Mara Brawer

Director Nacional de Políticas Socioeducativas
A.S. Pablo Urquiza

Directora del Plan Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan



El cuento “El árbol de la buena muerte” en *El Eternauta*
y otros cuentos de ciencia ficción de la Serie Oesterheld de Ediciones Colihue

© Ediciones Colihue, Buenos Aires

“La suerte de la fea la linda desea” de Isidoro Blaisten. En *Cuentos completos*. Emecé

© 2004, herederos de Isidoro Blaisten

© 2004, Emecé Editores, S.A.



Colección: “Pase libre a la lectura”

Fotografías de la colección: Mariana Monteserin, Paula Salvatierra, Daniel Santoyo,
Elizabeth Sánchez y Natalia Volpe

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2011 (Juan Salvador de Tullio, Mariana
Monteserin, Paula Salvatierra, Elizabeth Sánchez y Natalia Volpe. Revisión: Silvia Pazos)

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011. Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

consultas-planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, reimpresión 2011

EL ÁRBOL DE LA BUENA MUERTE

H. G. Oesterheld

María Santos cerró los ojos, aflojó el cuerpo, acomodó la espalda contra el blando tronco del árbol.

Se estaba bien allí, a la sombra de aquellas hojas transparentes que filtraban la luz rojiza del sol.

Carlos, el yerno, no podía haberle hecho un regalo mejor para su cumpleaños.

Todo el día anterior había trabajado Carlos, limpiando de malezas el lugar donde crecía el árbol. Y había hecho el sacrificio de madrugar todavía más temprano que de costumbre para que, cuando ella se levantara, encontrara instalado el banco al pie del árbol.

María Santos sonrió agradecida; el tronco parecía rugoso y áspero, pero era muelle, cedía a la menor presión como si estuviera relleno de plumas. Carlos había tenido una gran idea cuando se le ocurrió plantarlo allí, al borde del sembrado.

Tuf-tuf-tuf.

Hasta María Santos llegó el ruido del tractor. Por entre los párpados entrecerrados, la anciana miró a Marisa, su hija, sentada en el asiento de la máquina, al lado de Carlos.

El brazo de Marisa descansaba en la cintura de Carlos, las dos cabezas estaban muy juntas: seguro que hacían planes para la nueva casa que Carlos quería construir.

María Santos sonrió; Carlos era un buen hombre, un marido inmejorable para Marisa. Suerte que Marisa no se casó con Larco, el ingeniero aquel; Carlos no era más que un agricultor, pero era bueno y sabía trabajar, y no les hacía faltar nada.

¿No les hacía faltar nada?

Una punzada dolida borró la sonrisa de María Santos.

El rostro, viejo de incontables arrugas, viejo de muchos soles y de mucho trabajo, se nubló.

No. Carlos podría hacer feliz a Marisa y a Roberto, el hijo, que ya tenía dieciocho años y estudiaba medicina por televisión.

No, nunca podría hacerla feliz a ella, a María Santos, la abuela...

Porque María Santos no se adaptaría nunca –hacía mucho que había renunciado a hacerlo–, a la vida en aquella colonia de Marte.

De acuerdo con que allí se ganaba bien, que no les faltaba nada, que se vivía mejor que en la Tierra; de acuerdo con que allí, en Marte, toda la familia tenía un porvenir mucho mejor; de acuerdo con que la vida en la Tierra era ahora muy dura... De acuerdo con todo eso; pero, ¡Marte era tan diferente!...

¡Qué no daría María Santos por un poco de viento como el de la Tierra, con algún “panadero” volando alto!

–¿Duermes, abuela? –Roberto, el nieto, viene sonriente, con su libro bajo el brazo.

–No, Roberto. Un poco cansada, nada más.

–¿No necesitas nada?

–No, nada.

–¿Seguro?

–Seguro.

Curiosa, la insistencia de Roberto; no acostumbraba ser tan solícito; a veces se pasaba días enteros sin acordarse de que ella existía.

Pero, claro, eso era de esperar; la juventud, la juventud de siempre, tiene demasiado que hacer con eso, con ser joven.

Aunque en verdad, María Santos no tiene por qué quejarse: últimamente Roberto había estado muy bueno con ella, pasaba horas enteras a su lado, haciéndola hablar de la Tierra.

Claro, Roberto no conocía la Tierra; él había nacido en Marte, y las cosas de la Tierra eran para él algo tan raro como cincuenta o sesenta años atrás lo habían sido las cosas de Buenos Aires –la capital–, tan raras y fantásticas para María Santos, la muchachita que cazaba lagartijas entre las tunas, allá en el pueblito de Catamarca.

Roberto, el nieto, la había hecho hablar de los viejos tiempos, de los tantos años que María Santos vivió en la ciudad, en una casita de Saavedra, a siete cuadras de la estación.

Roberto le hizo describir ladrillo por ladrillo la casa, quiso saber el nombre de cada flor en el cantero que estaba adelante, quiso saber cómo era la calle antes de que la pavimentaran, no se cansaba de oírla contar cómo jugaban los chicos a la pelota, cómo remontaban barriletes, cómo iban en bandadas de guardapolvos al colegio, tres cuadras más allá.

Todo le interesaba a Roberto: el almacén del barrio, la librería, la lechería... ¿No tuvo acaso que explicarle cómo

eran las moscas? Hasta quiso saber cuántas patas tenían... ¡Como si alguna vez María Santos se hubiera acordado de contarlas! Pero, hoy, Roberto no quiere oírla recordar: claro, debe ser ya la hora de la lección, por eso el muchacho se aparta casi de pronto, apurado. Carlos y Marisa terminaron el surco que araban con el tractor. Ahora vienen de vuelta.

Da gusto verlos; ya no son jóvenes pero están contentos.

Más contentos que de costumbre, con un contento profundo, un contento sin sonrisas, pero con una gran placidez, como si ya hubieran construido la nueva casa. O como si ya hubieran podido comprarse el helicóptero que Carlos dice que necesitan tanto.

Tuf-tuf-tuf...

El tractor llega hasta unos cuantos metros de ella; Marisa, la hija, saluda con la mano; María Santos solo sonríe; quisiera contestarle, pero hoy está muy cansada.

Rocas ondulantes erizan el horizonte, rocas como no viera nunca en su Catamarca de hace tanto. El pasto amarillo, ese pasto raro que cruje al pisarlo, María Santos no se acostumbró nunca a él. Es como una alfombra rota que se estira por todas partes; por los lugares rotos afloran las rocas, siempre angulosas, siempre oscuras.

Algo pasa delante de los ojos de María Santos.

Un golpe de viento quiere despeinarla.

María Santos parpadea, trata de ver lo que le pasa por delante.

Allí viene otro.

Delicadas, ligeras estrellitas de largos rayos blancos...

¡“Panaderos”!

¡Sí, “panaderos”, semillas de cardo, iguales que en la Tierra!

El gastado corazón de María Santos se encabrita en el viejo pecho: ¡“Panaderos”!

No más pastos amarillos: ahora hay una calle de tierra, con huellones profundos, con algo de pasto verde en los bordes, con una zanja, con veredas de ladrillos torcidos...

Callecita de barrio, callecita del recuerdo, con chicos de guardapolvo corriendo para la librería de la esquina, con el esqueleto de un barrilete no terminando de morirse nunca, enredado en un hilo de teléfono.

María Santos está sentada en la puerta de su casa, en su silla de paja, ve la hilera de casitas bajas, las más viejas tienen jardín al frente, las más modernas son muy blancas, con algún balcón cromado, el colmo de la elegancia.

“Panaderos” en el viento, viento alegre que parece bajar del cielo mismo, desde aquellas nubes tan blancas y tan redondas...

“Panaderos” como los que perseguía en el patio de tierra del rancho, allá en la provincia.

¡“Panaderos”!

El pecho de María Santos es un gran tumulto gozoso.

“Panaderos” jugando en el aire, yendo a lo alto...

Carlos y Marisa han detenido el tractor.

Roberto, el hijo, se les junta, y los tres se acercan a María Santos.

Se quedan mirándola.

–Ha muerto feliz... Mira, parece reírse.

–Sí... ¡Pobre doña María!...

–Fue una suerte que pudiéramos proporcionarle una muerte así.

–Sí... Tenía razón el que me vendió el árbol, no exageró en nada: la sombra mata en poco tiempo y sin dolor alguno, al contrario...

–¡Abuela!... ¡Abuelita!...

LA SUERTE DE LA FEA LA LINDA DESEA

Isidoro Blaisten

Era más fea que lobizón con redecilla, pero tenía suerte. Compraba una rifa de Navidad y se sacaba todos los huérfanos de Dickens, compraba un número de la tómbola de Bruselas y se sacaba todos los repollitos, compraba un billete de la lotería de La Rioja y se sacaba todos los caudillos.

Caminaba por la calle, procurando que el mundo no la vea, y a su paso encontraba de todo: lebreles de plata, caduceos de oro, diademas de berilo, tiaras de ópalo, sayales de púrpura.

Tanto había acumulado, que nadaba en la abundancia: crawl, pecho, espalda, mariposa, over, cualquier estilo.

En cambio, la pobre linda que tenía piel de alabastro,

cutis de colegiala, labios de coral, dientes de perlas, boca de grana, cuello de cisne, ojos de azabache, caderas hospitalarias, senos turgentes y cintura de avispa, no pegaba ni una.

Vestida de percal, para ganar el pan amargo y duro, iba cual todas las mañanas camino del taller.

Y aconteció que, una mañana de primavera en que había en el aire violines elitrosos, la vio el príncipe azul. No bien la vio, detuvo el corcel, ató las bridas al pie de la media estatua de Don Quijote sita en Lima y Avenida de Mayo y caminó presuroso detrás de la linda.

–Linda, dinos el motivo de tu encanto y atractivo –dijo el príncipe azul en cuanto estuvo al lado de la linda.

–Mi secreto es evidente –dijo la linda–. No tengo niente. Voy cual todas las mañanas para ganar el pan amargo y duro, camino del taller.

–¡Cómo así! –exclamó el príncipe Federico (el príncipe azul se llamaba Federico)–. La crisis no debe recaer sobre las espaldas de la clase obrera. La variable de ajuste no puede ser el salario de los trabajadores.

–Así es la vida, Federico –dijo la linda–. Ya sabes por ti mismo muchas cosas y otras irás sabiendo lentamente.

A todo esto, lentamente, en sentido contrario, avanzaba la fea. A cada paso levantaba del suelo relicarios de ébano, incensarios de madreperla, jofainas de lapislázuli, pebeteros de malaquita, mariposas de obsidiana.

No bien el príncipe azul vio lo que andaba levantando la fea, giró sobre sí mismo, abandonó a la linda, se puso a la par de la fea y dijo:

–Paloma, cástate conmigo, si vieras el nido que tengo

escondido cerquita de aquí.

–Al registro civil –chilló la fea, levantando un aguamanil de peltre con su correspondiente jarra del siglo XVII y un solideo de pana labrada del siglo XVI–. Al registro civil.

El príncipe se demudó.

–Antes –dijo–, celebremos la fecha con un aire de júbilo que cumpla la parábola. Vayamos al Grill “Oriente” a tomar una sidrita.

Fueron. Desde la otra esquina la linda los vio cruzar. Se sintió más triste que un domingo a las seis de la tarde. Se sintió una basura.

–¡Manliba mi suerte perra! –sollozó. Y siguió cual todas las mañanas camino del taller.

Después de la sidrita, el príncipe azul desató el corcel y subió a la fea a la grupa con todo su cargamento, y partieron al galope rumbo al registro civil.

La noche de bodas, la fea comenzó a desnudarse. Fue no más terminar de verla desnuda y el príncipe cayó fulminado, muerto de desolación.

A la semana la fea escribió un libro. A la semana lo publicó: se llamaba *Mi vida junto al príncipe* y fue bestseller mundial. Cobró de regalías, neto, un millón doscientos cincuenta y siete mil dólares con cero sesenta.



INFORMES



ABRÓCHESE
EL CINTURÓN



NO USE
EL CELULAR



PASE LIBRE
A LA LECTURA



SI BEBIÓ
NO CONDUZCA



LUCES BAJAS
OBLIGATORIAS



HÉCTOR GERMÁN OESTERHELD



Nació en 1919 en Buenos Aires. Trabajó en editoriales y comenzó a escribir artículos de divulgación científica y relatos infantiles. En 1950 empieza a escribir guiones de historietas: Alan y Crazy, Lord Commando; Ray Kitt, donde comenzó su relación con el italiano Hugo Pratt quien sería el dibujante de su famosa Sargento Kirk. Le siguen El Indio Suárez, Bull Rockett, Ernie Pike, El 4 de septiembre de 1957, en el primer número de Hora Cero semanal inicia la publicación de una de las historietas más importantes de la Argentina: *El Eternauta*, con dibujos de Solano López. En 1969 publica una nueva versión, con ilustraciones de Alberto Breccia. Oesterheld y sus cuatro hijas fueron secuestrados y desaparecidos por la última dictadura militar en 1977.

ISIDORO BLAISTEN

Nació en 1933 en Concordia, Entre Ríos. Murió en Buenos Aires en 2004. Fue fotógrafo, redactor publicitario, librero, poeta y autodefinido como "humilde cuentista". Comenzó a escribir en la mítica revista literaria *El escarabajo de oro* y a partir de allí se destacó como narrador. Obtuvo numerosos reconocimientos: Premio Konex de Platino, Gran Premio de la Crítica "Fundación Feria del Libro", Premio Trayectoria Artística del Fondo Nacional de las Artes, y otros. Entre sus obras figuran cuentos: *La felicidad*, *Antología personal*, *Dublín al sur*. Novelas: *Voces en la noche*, *Al acecho*. Ensayos: *Anticonferencias*, *Cuando éramos felices*. Poesía: *Sucedió en la lluvia*. Y el guión cinematográfico *Espérame mucho*.



Presidencia de la Nación



Ministerio de Educación
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

DNPS Dirección Nacional
DE POLÍTICAS
SOCIOEDUCATIVAS

LECTURA PARA TOD@S

